

Dos cuentistas de culto

Vicente Francisco Torres

I

Los escritores Mauricio Molina y Javier García-Galiano tienen varios rasgos en común: ambos son excelentes cuentistas, están alejados de los reflectores de la fama, tienen una obra parca, son hombres cultos además de dueños de su oficio y en sus obras se advierte una encomiable imaginación y una educación literaria que los aleja del costumbrismo contemporáneo y de la vulgaridad expresiva, tan desagradable en muchos escritores jóvenes y famosos de hoy. Y, como se decía antaño y hoy suscribe García-Galiano, ambos *tienen pluma*; han logrado hacerse de una prosa con densidad artística. Molina y García-Galiano continúan fieles a su universo literario sin convertirse en plagios de sí mismos.

Ambos publicaron libros recientemente.

Mauricio Molina dio a conocer *Telaraña* (UNAM, Textos de Difusión Cultural, 2008) un libro redondo y perfecto que se agrega a la lista de nuestros volúmenes clásicos de cuento mexicano (*Dormir en tierra*, *El llano en llamas*...), aquellos que por la calidad de todos sus trabajos permanecerán cuando nadie recuerde los libros que hoy catapultan la publicidad.

En *Telaraña*, Mauricio Molina se mantiene fiel a sus temas y enriquece y afina ese universo literario que ha construido con su novela y sus libros de cuentos y de ensayos. Mauricio es, en este sentido, semejante a Borges, porque sus libros de ensayos y sus libros de cuentos tienen la misma factura artística y asedian sus mismas obsesiones.

Hace muchos años, Juan José Arreola decía que algunas cuartas de forros y solapas estaban tan bien escritas que era una lástima no reconocerles autoría. “Hay to-

da una literatura solapada”, afirmaba con ironía uno de nuestros mayores artífices del idioma.

Hoy que las solapas, cintillos y cuartas de forros se han convertido en rutinarios mentideros destaca el texto que acompaña *Telaraña*; es justo y acertado y, si no lo escribió el autor, debe haberlo hecho una persona que está muy familiarizada con la obra de Molina:

Un autor se reconoce por sus obsesiones (...) En estos cuentos, Mauricio Molina continúa la línea trazada en sus anteriores libros de relatos: lo fantástico, las paradojas del espacio y del tiempo, los terrores del fracaso, el individuo como extranjero del mundo, el eterno enigma femenino.

Telaraña cierra así un círculo narrativo de quince años de voluntad creadora y de la formulación de un estilo narrativo propio, largamente decantado. Dueño de una prosa rica en matices y dotada de una particular carga poética...

La Ciudad de México, la noche, el tiempo, el doble, el esoterismo, el azar, el vampirismo, los rituales, el misterio precolombino, los arquetipos, la entomología y el mundo libresco son asuntos que Molina frecuentó desde su primer volumen y aquí aparecen bajo nuevos asedios y con la misma calidad narrativa.

“A veces nos detenemos a la orilla de la eternidad”, dice uno de los personajes del primer cuento del libro y, página tras página, iremos entendiendo mejor lo que esa lacónica línea afirmaba. El narrador nos lleva del presente hasta el futuro y luego vamos al pasado; después, el tiempo es un riel convexo por el cual nos deslizamos suavemente y asistimos, con un leve vérti-

go, por un instante, a la eternidad, en donde pasado, presente y futuro son una y la misma cosa. El cuento es mucho más que un cuento fantástico —la huella de lo insólito, que es la carta, continúa en el mundo real—; es una sorprendente reflexión sobre el tiempo y sus posibilidades, pero también el esguince realista del ebrio que imaginó demasiado.

En “Bitácora póstuma de Daniel Macías”, Molina sigue instalado en lo fantástico y da un paso más: aborda el mundo del doble, mismo que va apareciendo poco a poco, sin violencia, cuando un escritor recibe derechos por un libro que no ha escrito pero que, sin embargo, lleva su foto y su nombre. Un muerto aparece en el jardín que se encuentra frente a su departamento y él, que disfrutó unos dineros que no eran suyos, acaba convertido en el hombre que está muriendo en el jardín mientras el otro lo mira desde su ventana, acompañado de la periodista que conquistó con una obra que él no había escrito. La ciudad y la noche (muy a menudo emborronados por la lluvia), ámbitos dilectos de Molina, propician que el misterio surja y se mantenga, que envuelva prácticamente a todas las historias del volumen.

Si pensamos en los temas y autores que Mauricio suele abordar en sus ensayos, veremos que casi siempre son europeos. De aquí que cátaros y alquimistas, el golem, las brujas y el nazismo alimenten la concepción de sus historias. “Cuarteto” es una nueva versión del triángulo amoroso, replantea los descabellados actos del nazismo y aborda el desgaste matrimonial. Este cuento, tan moderno en la información que lo sostiene (sugerida, entre otros recursos, con la concepción predeterminada de los hijos), culmina con un desenlace epifáni-

co que nos conforta de los alucinados argumentos de “La bruja y el alquimista” y “La estatua de fuego”, historias de horror con rituales y políticos, con periodistas y una mujer que parece un símbolo de la mantis religiosa, que mata al macho después del apareamiento y es otra de las obsesiones de nuestro autor. En el marco nocturno que, con sus ajolotes, tortugas y peces remite al mundo del agua, vale decir, femenino y lunar, aparecen referencias al tiempo precolombino, ámbito de la cultura mexicana que, por sus misterios y carácter numinoso, siempre ha inquietado a este autor. Hay dos cuentos, “La noche de la Coatlicue” y “La máscara del dios vampiro”, que Molina elabora a partir de elementos de la cultura precolombina.

En el primero, Borunda, que alude al alucinado personaje que inspiró a fray Servando su polémico discurso sobre la aparición de la Virgen de Guadalupe y sostuvo la semejanza de la guadalupana y la Coatlicue, sirve para propiciar una fantástica reencarnación de Borunda en el narrador,

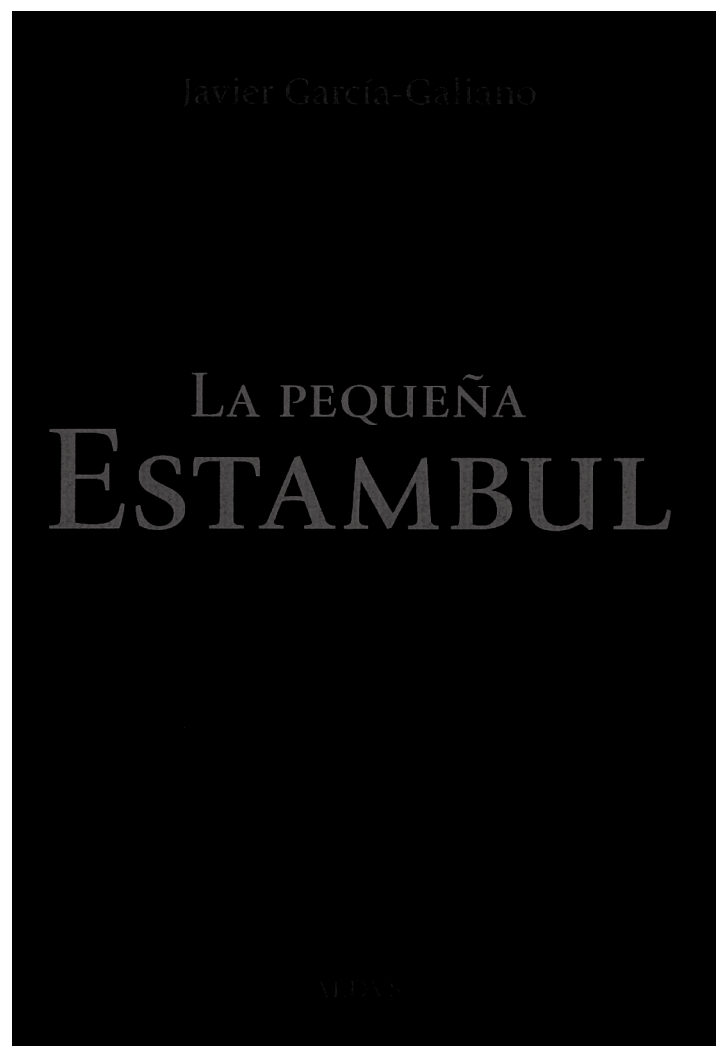
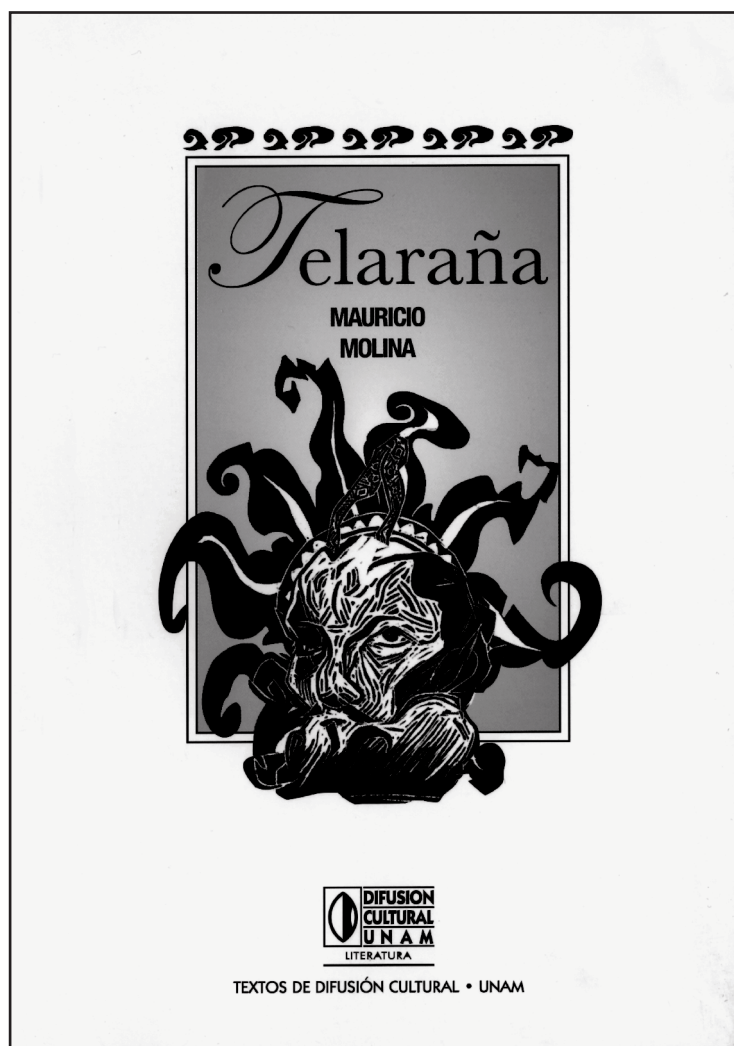
todo ubicado en una vecindad del viejo Centro de la Ciudad de México que, con su penetrante humedad y la fetidez que de ella dimana, alude no sólo a la ciudad lacustre de Tenochtitlan, que subyace bajo el corazón de la metrópoli, sino es otra referencia al mundo lunar y misterioso. En el segundo, Molina va nuevamente al tema del vampirismo, lo relaciona con las deidades prehispánicas y le da un giro novedoso al postular la prolongada convivencia sanguínea como requisito para ingresar al mundo de los inmortales, que viven de día y no le temen a los crucifijos ni a los ajos.

La reencarnación, el vampirismo, el sosias son temas de lo fantástico que Molina visita nuevamente.¹ Esta actitud es tan desafiante que el catálogo continúa, pero Molina siempre lo lleva más allá, le da un giro

¹ Esta actitud ante lo fantástico en Molina obedece a razones muy personales, tal como me dijo en 1998: “Yo recuerdo que cuando comenté mi novela (*Tiempo lunar*) con Adolfo Castañón me dijo que era completamente realista, y esa afirmación me dejó girando. Esta

novedoso, como en “La estatua de fuego” y “Telaraña”, en donde el tema del doble y la reencarnación se llevan hasta extremos no vistos, porque la vida y la muerte, que no tienen comienzo ni final determinados, se alternan inacabablemente, en donde la reencarnación es mucho más que eso, en donde la nueva vida corre paralela a la lectura de un manuscrito (“Telaraña”) que el muerto-vivo está dictaminando; tema y estructura literaria se implican, uno a otra. El tema de la vida y de la muerte, en un mis-

ampliación de los márgenes de la realidad es una de las aventuras del siglo XX; el descubrimiento de un paisaje interior a partir de Freud, Joyce, Kafka, Proust. Cada uno a su manera nos ofrece una ampliación de lo real hacia el paisaje interior, que es absolutamente real. Desde el punto de vista de la literatura moderna, el sueño es una realidad tan privilegiada como la de los actos cotidianos; el choque de este paisaje interior con el llamado paisaje exterior provoca el surgimiento de una realidad totalmente diferente en donde las categorías de fantástico y realista, sueño y realidad, dejan de ser antinómicas y se convierten en parte de un paisaje nuevo que la literatura del siglo XX nos descubrió”. (*Esta narrativa mexicana*, 2007).



mo plano narrativo, es una de las obsesiones más persistentes de nuestro autor:

Hay cuentos que tienen una fuerza especial, como *El regreso*, que para mí es básico y tiene que ver con la idea de la pérdida y con la sensación de que estoy muerto. El personaje está muerto y no se ha dado cuenta, tal como sucede con nosotros: muchas de las relaciones que tuvimos son cadáveres y están ocultos en nuestro paisaje interior; uno no puede sino mirar con horror hacia el pasado con la imposibilidad de recuperar lo que ya se perdió.²

Si Alfonso Reyes escribió, para reivindicar el relato policiaco, “Las obras no son buenas o malas por seguir o dejar de seguir una fórmula. Siempre siguió una preceptiva de hierro la tragedia griega y no se le desestima por eso”, “Planta sombría” retoma los temas de lo fantástico y los lleva más allá para darle la impronta de Molina. En un departamento abandonado en donde se escuchaban ruidos y gritos y había botellas vacías y comida echada a perder, el conserje encuentra una taza de café todavía humeante, y un cigarrillo encendido. Si estas cosas estaban junto a un espejo, eso significa que el autor del diario que leemos se fue por allí. El personaje logra desdoblarse y se mira a sí mismo y, después, del espejo sale una mujer con quien tiene relaciones sexuales para, finalmente, entrar en las aguas del espejo y perderse allí porque, una de las divisas del autor, del personaje y hasta podríamos decir que del libro se expresa así: “La realidad es una enfermedad que sólo se cura con el sueño”.

II

La pequeña Estambul (Editorial Aldus, 2009), de Javier García-Galiano, es un libro misceláneo que contiene cuentos, crónicas, artículos perdidísticos y relatos históricos. Sus comunes denominadores son la bella e impecable escritura, su ritmo pausado y exacto y la sorprendente imaginación que los crea; García-Galiano y Molina compar-

ten el estudio borgesiano y el interés por la entomología.

Entre los veintisiete textos del volumen encontramos pequeñas obras maestras. La más notable es la que empieza como una crónica de la calle de López, con la mención de sus transeúntes que provienen de las más remotas geografías y han sido huéspedes de los hoteles más remotos y nimbados de misterio, hecho consonante con los personajes literarios de los otros libros de este autor. La historia de esa calle deriva en conjetura y descripción de comercios y variopintas covachas, todo sin olvidar el inventario de habitantes indeseables como ratas e insectos de esa vetusta arteria que, como apuntó Rafael Bernal en *El complot mongol*, tiene aires del lejano Oriente. La crónica toma vuelo y se convierte en fantasía nutrida lo mismo de la imaginación febril que de la invención popular cebada en niños rata e infantes monstruosos.

García-Galiano tiene más referencias a la literatura europea que a la mexicana; su afición a los títulos de libros extraños y a los nombres de ciudades exóticas lo acerca a Borges, pero esto, merced a la abigarrada y cosmopolita población de nuestra capital, vincula sus cuentos con el viejo Centro de la ciudad.

Si empezamos “Historia de la mosca” con la intención de entrar en un estudio entomológico, pronto García-Galiano nos llevará al terreno fantástico para hablarnos de un pequeño fantasma que ha habitado el mismo sitio porque lo que se ha transformado son los escenarios proporcionados por los siglos. “Yesinia pestis” sí será un relato histórico sobre el primer caso de peste en Londres, allá por 1664, pero lo que le da valor estético es su envoltura paradójica y la sobriedad con que está narrado. Cada palabra está elegida como una pieza de relojería para formar una línea, una página y, después, cada uno de los textos del volumen. No hay palabras sobrantes, se recurre a los términos indispensables y exactos para no entregar palabras comunes, aquellas que no imponen distancia entre la expresión lexicalizada y la elaboración artística.

García-Galiano sabe que la enumeración y la enunciación de obras y autores puede conseguir un efecto artístico pero

más le interesa, creo yo, echar mano del mundo de la literatura para decir su propia verdad. Thomas Bernard empezó a escribir por la soledad, el confinamiento y la enfermedad; Thomas Mann construyó un mundo con seres aislados en un hospital debido a la tuberculosis; y Chejov, que algo sabía de la vida, le permite decir a García-Galiano las bondades que encuentra en la filosofía y en la fe.

El cuento titular del volumen es cifra de la poética del autor: escenario europeo con resonancias orientales, prosa sucinta y elaborada, gusto por nombres de resonancias exóticas, apariencia inicial de crónica que, gracias al trabajo imaginativo y de lenguaje abre la puerta al misterio y al cuento fantástico. La pequeña ciudad misteriosa puede ser sólo una conseja, pero quizás es un espejismo al que lo fantástico convierte en una realidad remota e impalpable. Es algo semejante a lo que vimos en una de sus más hermosas fabulaciones (“Cartografía fantasma”, perteneciente a su segundo libro de relatos), aquella en la que un hacedor de mapas y portulanos inventó una isla en homenaje a su amada y que los navegantes, por obra de la fantasía, convirtieron en una isla fantasma pero, en ocasiones, también en una isla real.

Los cuentos de Javier García-Galiano han merecido elogiosas palabras de escritores como Guillermo Samperio, quien escribió, a propósito de *Historias de caza* (Editorial Ficticia, 2003): “Nacido en la ciudad de Perote, Veracruz, en el año de 1963, García-Galiano ha publicado relativamente pocos títulos: *Benito Souza vendedor de muñecas y otros relatos* (Ediciones Heliópolis 1994), y *Armería, un libro vaquero* (Libros del Umbral, 2003). Sin embargo, estos libros le han abierto las puertas hacia una crítica calurosa y algunos leales y complacidos lectores. Se dice que García-Galiano es, entre los círculos literarios de México, un escritor de culto. En los siete relatos contenidos en *Historias de caza*, su más reciente libro, se pone al descubierto su gran capacidad para contar y recrear historias”.³ U

² *Esta narrativa mexicana*, 2007.

³ Guillermo Samperio, “El hilo, el minotauro y la maraña” en *Nexos*, número 322, octubre de 2004, p. 91.